

# TURRA

Mayo 2023, año 2, no. 2



Thursday 5

*Agustín Guambo • Adrián Eleuteri • Francisco José Casado Pérez  
Uriel Velazquez Bañuelos • Aylén Grabel • Jorge Uriza  
Juan Carlos Moreno Rosas • María José Mures  
Michael Alberto Jiménez Melchor*

# TURA

Comité editorial

*Lucía Castillo García*

*David Baizabal*

Diseño Editorial PDF

*Ivonne Reyes Guerrero*

www.revistatura.com

## *Editorial*

En el segundo número de *Tura* hemos construido, autores y consejo editorial, una amalgama de escrituras; se trata de un número ecléctico que evidencia los diferentes modos de recuperar y subvertir la tradición. Estamos seguros de que esta variedad temática y estilística le permitirá al lector experimentar las poéticas que rigen el ahora del quehacer literario.

Agradecemos sinceramente a todos aquellos que nos han enviado sus obras. Para este segundo número recibimos más de cien propuestas, cuarenta más respecto al número anterior, lo cual nos anima a continuar con nuestro proyecto editorial. Su respuesta entusiasta nos confirma que *Tura* será el lugar de partida y de referencia para las nuevas voces de la literatura hispanoamericana.

El número abre con “RAP(e) BABY”, un poema de Agustín Guambo (Ecuador), que invita a ser leído detenidamente. Le sigue un cuento de Adrián Eleuteri (México), “Sentimientos de la noción”, donde la referencia a Julio Cortázar hace parte de la construcción de una realidad mexicana surrealista. En tercer lugar, aparece “Frijoles puercos”, un texto de Francisco José Casado Pérez (México) en el que lo poético surge de la intención de cocinar dicho platillo. Inmediatamente el *cyberpunk* aparece en un cuento de Uriel Velazquez Bañuelos (México) titulado “*Hyper Speed Neon Light*”. En la parte media de la revista dos poemas cortos de Aylén Grabiél (Argentina) nos convocan a la reflexión. La tradición argentina cobra voz en la narrativa de

Jorge Uriza (Argentina) con “Sicarios”. Juan Carlos Moreno Rosas (México) propone un cuento donde el aspecto visual y terrorífico busca simular una experiencia cinematográfica: “Acuxtla”. La muerte y la contemplación de la lluvia irrumpen en los poemas de María José Mures (España). Por último, la herencia del caligrama sigue presente en dos poemas de Michael Alberto Jiménez Melchor (Perú).

La portada se debe a Alvaro Sánchez (Guatemala) con su obra *Morir como las bestias*, de él también es *El amor y los cráneos* que acompaña el poema “Frijoles puercos”. El resto de imágenes pertenecen a: Ximena Yáñez Zertuche (México) con *Atlas, Ciudades de papel y Barroco*; Judith Natalia Orozco Ortiz (Colombia) con *Remolino y A una llamada de distancia*; María Susana López (Argentina) con su obra *Arde la piel*; le sigue Ana Pobo Castañer (España) con dos fotografías de su serie *Valorando el ayer*; finalmente María Mendieta (Perú) con *Anthemis nobilis*.

Esperamos que esta selección plural, que reúne cada vez más autores de Latinoamérica y España, complazca su lectura. Agradecemos su gran interés y contamos con sus propuestas para nutrir las siguientes ediciones. **T**

*Lucía Castillo García*

*David Baizabal*



*Morir como las bestias.*

**Alvaro Sánchez** (Guatemala 25 de diciembre de 1975). Artista visual y escritor nacido en la ciudad de Guatemala. Ha colaborado y publicado con revistas de arte, literatura y diseño de Guatemala y otras naciones del mundo. Su gusto por elementos de época y orgánicos son de gran relevancia para crear su cuerpo de trabajo. La mayoría de sus obras están inspiradas en la literatura, pintura, música y el cine pero su inspiración principal es la ciudad de Guatemala y sus calles.

## POESÍA

RAP(e) BABY .....	<b>4</b>
<i>Agustín Guambo</i>	
Frijoles puercos .....	<b>16</b>
<i>Francisco José Casado Pérez</i>	
Vienen conmigo	
Inocenta .....	<b>26</b>
<i>Aylén Grabiél</i>	
Un salto .....	<b>35</b>
La tormenta .....	<b>36</b>
<i>María José Mures</i>	
Ponciana .....	<b>37</b>
Hortensia .....	<b>38</b>
<i>Michael Alberto Jiménez Melchor.</i>	

## NARRATIVA

Sentimientos de la noción .....	<b>9</b>
<i>Adrián Eleuteri</i>	
Hyper Speed Neon Light .....	<b>18</b>
<i>Uriel Velazquez Bañuelos</i>	
Sicarios .....	<b>27</b>
<i>Jorge Uriza</i>	
Acuxtla .....	<b>29</b>
<i>Juan Carlos Moreno Rosas</i>	



chicas hermosas  
sonriendo igual que flores hambrientas  
Mientras chicos ansiosos  
—consumidos por el crack y el olvido—  
iban deslizándose bajo el horizonte  
queriendo huir de sus desgraciadas vidas

Brownsville Brooklyn  
En aquel barrio a mi madre  
le robaron —cuatro o cinco veces—  
el poco dinero que podía conseguir en calidad de esclava  
en los hogares ricos de la zona cara de New York  
y entonces pasábamos largas semanas  
comiendo pan, galletas y agua  
pero sobre todo rezando

Brownsville Brooklyn  
Allí vi morir por primera vez a alguien  
Recuerdo que tenía cinco años  
Recuerdo que una chica lloraba parada en una azotea  
Recuerdo que *Loving you* sonaba en la radio de la sala  
Recuerdo que un cuerpo pequeño se hundía en el pavimento  
Recuerdo que madre lloró por varios días  
—Y no dejaba de abrazarme—  
Recuerdo que fueron momentos duros

Brownsville Brooklyn  
Aquel desolado barrio  
Donde conocí a mis amigos y a mi primera novia

Y comencé a crecer

fuerte,

duro,

loco y salvaje

De la misma manera que

esos otros *desfavorecidos* de corazón puro

Que eran vecinos o amigos

Uno más de esas hordas de olvidados

Completo y preparado para la violencia

Listo para labrarme una reputación con mis puños

A través de esas avenidas llenas de yonquis,

mierda

y tiroteos

*Brownsville, Fort Greene, Marcy, Tompkins,*

*Red Hook, Gowanus, Bushwick*

Campos de concentración para /negros y latinos/ empobrecidos

Que hoy en día recuerdo con dolor y nostalgia

Guetos en los que aprendí de respeto

en tanto veía a *Buddha, Smith, Creed, el Haitiano*

noquear a mocosos insolentes de otros barrios

usando los *52 Bloqueos manuales*,

pero que con sus muertes todo este conocimiento se perdió

y es una puta lástima porque hoy en día las pistolas

han tomado el poder y rondan, a esta hora,

los corazones de los humildes

su dinero

y su sangre...

Para 1985, vivía en *Park Hill* y comencé a escuchar rap

Grupos como *Treacherous Three*,

*Gran Wizard*, los *Cold Crush Brothers*

Fueron mi bautizo en la escena

*Grandmaster Flash and furious five*, *New Edition*,

*Afrika Bambaataa*, *Kool Moe Dee*

Comenzaron a cruzarse en mi vida y comencé a dejar de temer

*Ojo con los que pierden el temor a la vida*

*Ojo con los que, día a día, van por las avenidas precarios y dispuestos*

*Ojo con los que caen en el crimen solo por sobrevivir*

*Ojo con los que no tienen nada que perder*

*Ojo con los que se arrastran buscando abrigo por las mañanas*

*Ojo con los que alcanzan niveles inesperados de locura en las calles*

*Ojo con ellos, ¡mucho ojo con ellos!*

*Puedes salir lastimado...*

Para 1990

dejé la música

y poco a poco comencé a delinquir,

más que por hambre, por rabia

Esos fueron años de extrema soledad y sed

Caminaba confundido por el barrio

huyendo de cualquier sombra

rompiendo cualquier sangre

Para 1996 ya no había espacio para sonrisas en mi vida

Mucho de mis amigos eran

solo un montón de estrellas destrozadas

que dormían sobre cualquier catre esperando la luz final

O que desesperados por el progreso  
habían preferido la muerte antes que el hambre  
La vida fue despiadada  
Pero nunca bajamos los brazos  
Nunca dejamos de lamernos el corazón unos a los otros  
Y pocos, muy pocos, como digo fuimos los que llegamos a viejos...

Esta es mi historia,  
pero puede ser la de cualquier niño  
que crece sin más futuro que la noche y sus manos  
sin más amor que su pandilla y bandana  
con un poco de fe puesta en estas calles  
sobre las que duerme  
en la alta noche anfibia

---

**Agustín Guambo.** Master en Antropología. Ganador del II Premio Hispanoamericano de Poesía "Rubén Bonifaz Nuño" (México, 2014); y de la convocatoria *Poetry in translation* de *Ugly Duckling Press* (New York, 2018). He publicado: *POPEYE's Sea* (La Apacheta Cartonera, Lima: 2014); *Ceniza de Rinoceronte* (La Caída, Buenos Aires: 2015); *Primavera Nuclear Andina* (Ediciones A/terna, Buenos Aires: 2017); *Andean Nuclear Spring* (Ugly Duckling Presse, New York: 2019).

# *SENTIMIENTOS DE LA NOCIÓN*

*Adrián Eleuteri*

Todo comenzó el día que cobré la quincena después de renunciar a la librería. Quizá miento, el asunto tiene raíces. Me cansé. No congenié con nadie. La animadversión no nacía de mí, pero bastaba mi sola presencia para verla descuajarse y escurrir en las caras de los otros. Peor aún, cuando ocurría, yo mismo la sentía bullir en mi interior y, en vez de atacar a mis fustigadores, se azotaba contra mí. Llegué a odiarme. Nadie, salvo una librera, me trató como persona. Su ligero estrabismo, el mismo que a la vista de mis colegas fuera el factor determinante para no entablar con ella un serio lazo afectivo, era atrayente y de verdad cautivador desde mi perspectiva. Un día, cuando me dijo ¿qué haces?, yo respondí ya ves, hablando con mis amigos. Recuerdo su desconcierto, no la culpo. Aquí no hay nadie, dijo. Discúlpame, no te los he presentado, repliqué, y enseguida hice desfilar a un montón de escritores, personajes literarios y dibujos animados frente a ella. Pareció incomodarse, pero sonrió. Luego sacó un libro forrado y se puso a leer. La sentí mi cómplice. Me saludaba (si bien no diario), y, como nadie, tenía la humanidad de mirarme a los ojos. De ahí mi incomprensión ante lo sucedido. Vino a preguntar por mi trabajo, libros que no terminaba de acomodar pese a las varias horas. Perdóname, no me dejan, señaló. ¿Quiénes no te dejan?, inquirió, ¿los clientes?,

no hay ningún cliente. Mis amigos, respondí, tú los conoces, ya te los... presenté. Ah, sigues con eso, balbuceó. No comprendí su enojo, ella los conocía. Sí, bueno, continué, llevan rato dándome sugerencias, quieren... No me interesa, dijo. Los libros, ponlos en su lugar, ya. Asentí confundido. Estaba a punto de agrietarse mi calavera; sus ojos tintinearón, dio media vuelta y, aun cuando las dijo quedo y entre dientes, pude capturar sus palabras a la perfección: Pinche raro, ya madura, güey. Una ciudad en miniatura, dentro de mí, un terremoto, edificios pequeñitos derrumbándose uno a uno. Callé, no pude explicarle que mis amigos, hartos de mi torpeza, me interrumpían a cada rato para aconsejarme sobre cómo enamorarla. Me aguanté el llanto, me encerré en el baño. El espejo no mentía, vi a un hombre solo, patético, a punto de llegar a los treinta años, barbado, pero infantil, solo, un individuo solo que jamás estuvo cerca ni siquiera de atreverse a imaginar el sabor de la fruición de un coño, carajo, solo, solo, solo, un tipo solo, mierda, cómo me aborrezco. El vidrio del azogue me salvó de mi propio escupitajo. Ninguno de ellos me asistió en la epifanía. Cobardes. Lo supe: había consumado, sin querer, su desaparición. Renuncié, quiero decir: salí en mi hora de comida con la firme intención de no volver. Caminé un tramo de la Avenida Revolución, doblé en

Manuel M. Ponce, di vuelta en Villalpando y seguí andando hasta llegar a Plaza Inn; en el segundo piso extraje de un cajero automático mi escaso capital y puse especial interés en un billete de bajo valor, pues un ser peculiar usurpaba el lugar del prócer que escribiera los *Sentimientos de la Nación*. Ah, qué cosa tan bonita: esa criatura, hermosa como sólo ella, esos ojitos... Temiendo ser blanco fácil de un asalto guardé los billetes, salí de la plaza y crucé la Avenida Insurgentes. Como sabía que los próximos meses viviría al límite del ayuno, me dispuse a degustar un último manjar; en consecuencia, entré por Vito Alessio, cogí Lombardo Toledano, arribé a la Avenida Miguel Ángel de Quevedo y en un puesto afuera del Metro pedí una torta de milanesa con piña y queso. Chipotle y rajas. Los dos, es correcto. Y una coca. De vidrio, gracias. Mordiscos despiadados, onanismo lingual, deglución extática, suficiente, basta, basta ya, no quiero llorar. Pagué con el billete de 50. Y otra vez: esos ojitos, esa sonrisa tímida. ¿Lo va a soltar o no, joven?, dijo el tortero al momento de tirar del billete. Avergonzado, dije que no y le extendí uno de 500. Uh, no la friegue, dijo el señor, vengo empezando. No le hice caso porque seguía mirando los ojitos de mi nuevo amigo, sus manitas y sus ramas. De pronto fui consciente de que otros comensales callejeros me miraban extrañados; me marché, tardo, desatento y despistado, sin recoger mi cambio. En Avenida Universidad, afuera de un Vips, mientras hacía fila para tomar la combi, extraje de mi cartera el billete de 50 pesos. Los minutos que antes transcurrieran pasmosos desde mi lugar entre la muchedumbre hasta el abordaje, ahora sucumbieron en un san-

tiamén y esa dicha se la debo a los ojitos de José María. Así es, le puse nombre (soy un nostálgico irremediable). Al subir a la combi, quise saldar el servicio de mi transporte con un billete de 200. Nel, padre, cómo una Inés, dijo el chofer, enojado y con razón, ¿no traes cambio? No lo traía. Me excusé. Si ya vi que ahí traes uno de 50, padre, dijo el muy entrometido, esmerado en figurar como mi vástago. Sí, pero no, este billete no lo doy, respondí, alterado y sobreprotector, porque sentí amenazada mi más preciada posesión. Pues a ver cómo le haces, carnal, si no, deja pasar a los de atrás, sugirió altivo el barbaján, travistiendo en el acto nuestro lazo consanguíneo y engordando los labios. Así, más pudo la presión social, fui despojado de mi lugar y en un segundo me vi de nueva cuenta a la saga de la Avenida Universidad, aferrado con todas mis fuerzas a José María. Ha de ser falso, dijo un checador y me arrebató el billete de la pinza de mis dedos. ¡Eh, traiga para acá!, alegué ipso facto y, brazos cruzados contra el torso y dedos constreñidos al papel moneda, me eché a correr con Chema por toda la Avenida Miguel Ángel de Quevedo hacia a Insurgentes. Desvié mi carrera a la altura del Parque de la Bombilla, no me detuve sino hasta que ascendí la escalinata del Monumento a Álvaro Obregón. Sudaba en exceso. Jadeaba a más no poder. Miré mi puño y, temiendo que mis maneras rústicas hubieran maltratado la carita de mi camarada, lo abrí despacio. ¡Estaba bien! Más que bien... Ese brillo de sus ojos, el fino talle de las manos, la coquetería de la sonrisa y la elegante exuberancia de su crin... No, mi camarada no era José María. ¡Era María José! Un mareo súbito me tumbó, no sentí cuando mi nuca



Atlas. Ximena Yáñez Zertuche

tocó el piso. Se me vino a la mente un cuento. Apresurado, saqué de mi mochila una libreta y me puse a escribir sobre un tal Humboldt y su improbable asistente, el muy atento, perspicaz y honorable Señor Lotz. Los describí en un canal mexicano, el panorama es este: se vislumbran en el horizonte dos montes soberbios; Humboldt, empapado y en la orilla, respira hondo, posa una bota sobre los gajos de una piedra ígnea y se lleva las manos a la cintura. ¿Herr Lotz, no es increíble?, pregunta el naturalista, pero un ruido le arrebató la atención a quien, en la práctica, es su ordenanza. Mañana subiremos a aquel cerro,

¿y por qué digo mañana, si puede ser hoy mismo? El Señor Lotz, hundido hasta la cintura en el fangal, ajeno a las declaraciones del entusiasta trotamundos, mira al mismo punto al que mira una garza en el sinuoso cauce; antes de que el ave encaje su pico, él, con un ágil y fino movimiento, clava su brazo y saca de las profundidades algo extraño. Lo guarece entre los dedos mientras la garza, malhumorada, permanece a la expectativa. Eso que tiene en la cuna de su mano es la criatura más extraña y, aun así, más hermosa que jamás ha visto. Caramba, qué raro organismo, es un ser vivo mitad animal, mitad plan-

ta, las hojitas le crecen sobre el montón de varas de la testa y la delicadeza de sus garritas provoca una inusual ternura. Sin embargo, los ojos... los ojos parecen... atravesarlo todo, sí, parecen capaces de robarse incluso el más recóndito y oculto de los secretos. ¡Herr von Humboldt!, dice en voz alta el Señor Lotz, embelesado o sorprendido, ¡tiene que ver esto! Pero el explorador en jefe no atiende porque lleva caminando con el pecho inflado un buen trecho de llano con dirección a un volcán. El Señor Lotz intenta salir del canal. Fracasa, su labor resulta vana. Alarmado, pega sendos gritos de auxilio; no obtiene respuesta, ni de su empleador ni de nadie. Sus piernas están atoradas en la raigambre acuátil y, peor aún, mientras más lucha por zafarse, más se enreda. Ascende sobre el valle la noche ingobernable, sabe que Herr von Humboldt, si acaso volvió sobre sus pasos, ya pernocta por ahí salvo y seguro, y que sólo al despuntar el alba continuará su errada búsqueda, porque es probable que juzgue mal el carácter de su asistente, y crea que, por no tener su brío y coraje, en vez de enfilarse rumbo a la montaña, haya vuelto a refugiarse sus delicados huesos en el campamento donde aguarda por ellos una cohorte de abrumados estudiosos. Un brusco batir de alas lo devuelve a su infortunio. La garza lleva la tarde entera observando a quien osó arrebatarse su bocado, por eso el Señor Lotz aún conserva sobre su costillar a la criatura, protegida, además, en la jaula de sus dedos. No percibe el cansancio, pero se vence poco a poco y, cuando menos lo piensa, ya tiene al ave picoteando, feroz, sobre su tórax. Se alarma: adherida a su hombro, la criatura sigue viva, la encapsula con una mano aferrada

a un pectoral y con la otra sorraja dolidos manotazos al pico de la invasora. Desatina, un golpe sí, dos no; lo entiende, debe ahogarla, una zarpa, un arañazo, triunfa la palma, ase el pescuezo, brega el pajarraco, lucha largo rato para no ser inmerso y de repente se detiene, cruje algo, un hueso se disloca, vibra un espasmo dilatado, zumban las plumas tras la rotunda vacilación del espinazo y, derribado, choca el cuello guango contra el agua. Tiembla quien derrota. Y aspira. La faena lo ha enredado más, la crecida del canal ya aplaude contra su quijada. Consciente de la inminencia de su muerte, mira a las alturas, a su pureza la trastoca el relumbre de constelaciones bárbaras; maravillado, nota que el agujijón de luz extra planetario atraviesa también el cuerpo de la criatura que aún yace a su costado: sus nervios se iluminan. Carente de toda pretensión religiosa, agradece al cielo y, sin querer y por desgracia, topa contra su tráquea el primer trago pantanoso. Aunque áspera y amarga es, acusa calmo la condena. Cuando la hondonada cubre sus cabellos, aprieta los ojos, extiende su brazo y libera de forma delicada al fascinante ser al que amparó y por quien entregó, acaso accidental, pero decididamente, la propia vida. A su vez, el fenómeno, la rareza ambivalente, el portento planta y animal, lucha por pelar los párpados de su salvador como ansiando escrutar sus ojos y extraer de ellos los resquicios ácidos del miedo. Es imposible, la corriente lo devora. La mano de Alfons Lotz, biólogo egresado de la Academia de las Ciencias de Prusia, entrevistado y elegido por el mismísimo Herr von Humboldt para ser su asistente en ese viaje por las tierras salvajes de México, queda extendida en el lecho acuático liberando lige-

ros hilos de sangre que danzan alrededor de un dulce ademán, el cual, en otras circunstancias, bien pudiera decir lo que expresa, cautiva en espiral, la palabra *ven*. Punto final. Alzo la vista; enflaca, chupada por un tiempo súbito, la mano del Señor Lotz hasta desaparecer. Y no hay canal, el llano es una alameda cuya explanada aloja niños con patines dando vueltas. Busco a María José, no la veo en ningún sitio. Temo que el viento me la haya arrebatado durante mis lapsos elusivos en los que disecciono los sentimientos de la noción. Calma. Me tranquilizo, está en mis piernas. Me duele la memoria, una velada desazón me sala el paladar, aún me siento conectado a la tragedia de mi expedicionario ilusorio y a su extravagante hallazgo. Llevarás su nombre, le digo a Majo mientras acaricio las hojitas de su cabeza y me pierdo en su dispar mirada, después de todo, él te salvó la vida. Lo advertí, por supuesto que lo advertí, aquella transfiguración, el malestar de un desanclaje, el desgajamiento abrupto del espacio y la torcedura desalmada del reajuste. Me vi mirándome. Yo me miraba. La mía debe ser la expresión de amor o asombro más estúpida sobre la faz de la tierra. A veces digo que daría todo por permanecer guardado en mi billetera con tal de no volver a verme, pero, en el fondo, sé que me engaño. No me acostumbro a la planicie, no me acostumbro a este marco bidimensional, por más que alegue contra mi necedad que mi morada nueva pertenece a la tercera dimensión. Y qué desgracia la de mis pupilas: víctimas de una repentina exotropía, han segado una de otra su relación unívoca. La saliva se me escapaba de la boca. Sentí terror. Majo Lotz, una quimera gráfica a la que mi insobor-

nable bobería le dio vida, regía ahora los impulsos de mi cerebro, mis instintos, y miraba su antiguo cuerpo a través de mis ojos. En el momento en que intentó (bruta desde luego todavía) ponerse de pie, una combi roja dio un frenón recio donde principian los juegos fontales del monumento y un hombre barbado, de melena profusa, portador de unas espléndidas gafas de sol y una holgada hawaiana, y quien estuviera (no interfiere la desobediencia de mis ojos en mi enfoque) bien acompañado por una rubia señorita de cabello corto, sacó medio cuerpo del auto por la ventanilla y gritó, no sé por qué: ¡Fagsante! ¡Eso ya se ha visto! Volvió al volante de inmediato y arrancó. Las cosas en las que piensa uno cuando muda de dimensión: después de que mi cuerpo rodara por la escalinata y de que anduviera dando tumbos por calles y avenidas que nunca pisó antes, yo me puse a especular en el vacío, evadido a lo mejor ante la magnitud del drama, si mi nuevo yo se deslizaría fácil entre los dientes incisivos de aquel sujeto refunfuñón y escandaloso. Creo que sí. Ojalá me rescatara. Ojalá viniera a este canal de aguas podridas y viera el cuerpo en ruinas de un desgraciado tipo, más animal que hombre, y lo arrastrara a la orilla y le dijera al oído: Escuchame bien, escuchame bien lo que te voy a decir, María José, el Señor Lotz no es real, no lo fue nunca, dejá ya de buscarlo, María José, dejá en paz esos cadáveres; y ojalá, a la sazón, cuando lo juzgara pertinente, la empujara por el asfalto y con su voz de trueno apaciguara a la criatura cuando sus ojos se posaran en los ojos de los pasajeros atónitos del Metro que va y viene, medular, por la Avenida Central, y ojalá, al llegar a la fachada

del Hotel Ecatepec, entrara decidido por una habitación y en ese cuarto despojara a la alimaña de sus harapos y la arrojara a la bañera y abriera las llaves y, por piedad, por conmisericordia, entibiara el agua y volviera a los andrajos y hurgara en la cartera y de ahí extirpara al primo hermano de un Faustito, un Sarmientito mexicano, el Chemita que ya no lo es más, la Majito que algún día ya no será, a pesar de la mismísima evidencia de mi ser, y entonces, ojalá, se acuclillara en la ducha ante la jeta de la aberración y ahí la cacheteara, la cacheteara una y otra vez hasta lograr su atención y le dijera: mirá, qué precioso que es, de acá saliste, volvé al papel, mirá qué lindo, volvé a ser quien vos sabés rebién que sos; y así, por consiguiente, de nuevo, se diera el dolor, la transfiguración, el reordenamiento cruel de las sinapsis, y de esta manera,

ojalá, por favor, cediera el dolor, la transfiguración, el reordenamiento cruel de las sinapsis. Ojalá. Ojalá pasara, porque me estoy desintegrando. Porque no creo resistir otro día más a lado de mis propios despojos, aquí, en este Río de los Remedios en el que Majito se sumerge entre la mierda y con mis manos arroba cuerpos maltratados y sostiene sus cabezas y abre, con mis dedos, párpados ajenos dado que quiere, tosca, famélica, inmisericorde, penetrar sus ojos con mis ojos para hallar, tarde o temprano, al hombre que le salvó la vida en el más desafortunado de mis desvaríos, pues su designio es, no me cabe duda, ofrendarle de una vez por todas a su bienhechor las ruinas de mi cuerpo, y así, al fin dejarse hundir, ya sin apetencia de retorno, en el légameo insaciable de los siglos que no fueron.

---

**Adrián Eleuteri** (Distrito Federal, 1989). Pasó su infancia y parte de su adolescencia en el bosque de Los Dinamos y en la Biblioteca Pública "Teocalli", más tarde vivió en el extrarradio del Estado de México durante los años espurios y convulsos de inicio de siglo. Se licenció en la carrera de Asfaltos latinoamericanos. Tiene una maestría en Raspones duros y madrazos. Es un *doctoralis discipulus paternitatis* y sabe que no se graduará. Le interesan la literatura y los viajes largos. Cree firmemente en la poesía.

**Ximena Yáñez Zertuche**. Filósofa (en sentido etimológico) y artista (en devenir).  
Instagram: @ximenzertuche



# *Frijoles puercos*

Francisco José Casado Pérez

Haré el intento  
solo con frijoles, chile, cebolla  
y algo del chorizo bolita en el refri  
que hace quince días  
trajo un señor  
a pie de la puerta  
dentro el vientre o valva:  
las bolsas del mandado  
junto con toda la comida  
que-le-da de comer:  
    quesillo, chorizo verde,  
        chorizo bolita, chocolate,  
                pan de yema  
dependiendo qué esté listo a descolgar, empacar y embolsar;  
dependiendo el antojo que tenga la casa  
    o si hay cambio a la mano.  
A todos antes que yo les tocó  
    que fuera común  
ver a la gente de pueblo venir a la ciudad  
tocando      puerta      tras puerta  
ofreciendo algo      siempre;  
hace tiempo no coincido con los testigos;  
menos las patrullas, una ambulancia;  
hace tiempo de los técnicos que arreglaron el internet  
y de los que vinieron con orden inmediata  
por falta de pago      a cortar la luz.  
A ninguno les ha tocado venir  
cuando haya este intento de frijoles puercos.  
Incluso frío mantiene un buen sabor  
que hasta el perro se come sin queja del picante.

Seguro el Larousse Gastronomique en español  
carece de una sección sobre frijoles puercos  
y en el corto plazo  
puede que no se plantee mencionarlos.  
Lo triste de todo  
es que el don  
vuelva en quince días  
preguntando si nos gustó  
el chorizo bolita de hace quince días  
mientras de nuevo exhibe  
al ras de la puerta  
su valva o vientre  
y no quede siquiera  
para un taco que lo compruebe.

Será para la próxima.

Solo espero                      no se desaten las bolitas:  
que no olvide  
el camino                      de vuelta a casa.

---

**Francisco José Casado Pérez** (1990, Ciudad de México, México.) Escritor y arquitecto. Ha publicado en revistas y fanzines de Argentina, Chile, México, Perú y Venezuela. Mención Honorífica del Premio Bruno Corona Petit 2020 y 2022, Venezuela. Su poemario *Para mirar los pasos* (2021) en Escrúpulos Ediciones, recibió el premio "Don't read" 2021.

# *Hyper Speed Neon Light*

Uriel Velazquez Bañuelos

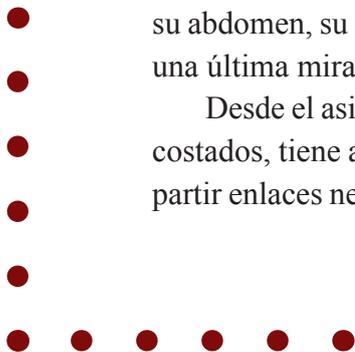
Las ratas y ciberpsicóticos terminan de ajustar la antena y los campos de aislamiento sonoro. La policía no detectará la actividad de la pista, ni escuchará el rugir de una docena de vehículos Neo-Eléctricos. Un domo cobija la autopista, haciéndola un fantasma.

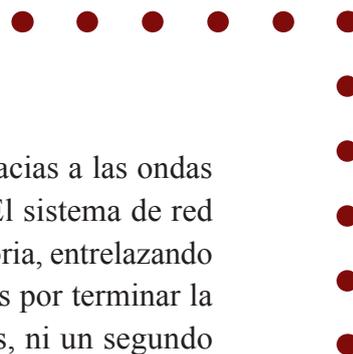
Se respira ozono. El aroma recorre las gradas y las habitaciones VIP de la autopista. Aquella mezcla abraza a los aficionados, quienes besan su cigarro Tesla. En cada calada un shock en los pulmones. Ese éxtasis de seguir vivos los mantiene despiertos y deseosos de más.

Una voz mecánica anuncia a los competidores del set *Hyper Speed Neon Light*. La novata, calibrando su carroza, escucha el audio parlante. Al unísono, se grita el nombre de Sunset. Había escuchado de él, un corredor que ni siquiera se puede quitar el casco ni para dormir, por miedo a ser expuesto al ojo público. Un millar de manos se alzan y aplauden con ansias de reclamar lo que será suyo una vez finalizada la carrera. Las apuestas están fijas en él y sólo una cuenta está apostando por la novata. La voz dicta el nombre del último participante. La gente no voltea a la pantalla ni escucha el nombre del competidor, tiene los ojos en los boletos que la hará millonaria. La novata suspira con su propio nombre: Dira. Y siente una nube eléctrica que abraza su piel. No estará para verlo, pero se imagina los números rojos de todos aquellos que siguen incentivando tal vicio.

Una Sombra emerge desde la oscuridad; el hombre que mueve los hilos del espectáculo. Desde arriba, en el balcón, su presencia apenas es vista por quienes están debajo de él. Desde ahí, ve la pista y la gente. Unas manos acarician su torso, los dedos sobre su abdomen, su cuello, aferrándose a los músculos. La sombra da una última mirada antes de volver a los placeres carnales.

Desde el asiento del piloto, Dira observa a su alrededor. A sus costados, tiene a los gemelos del linaje Shura, famosos por compartir enlaces neuronales. Sus cabinas de pilotaje están diseñadas





para relajar las circunvoluciones cerebrales, gracias a las ondas magnéticas y calibración del pulso cardiaco. El sistema de red ocular facilita la navegación a través de la memoria, entrelazando ambos vehículos como uno solo. Son conocidos por terminar la carrera al mismo tiempo; ningún segundo más, ni un segundo menos. Comparten el mismo tiempo, mas no el mismo espacio. Es como ver una pistola de doble cañón; ambas balas se disparan a la misma velocidad y llegan a su objetivo a la vez.

Detrás de su vehículo está posicionado un exmilitar, el teniente Rossen. Perdió ambas piernas tras una emboscada. Al no tener asilo por parte del gobierno al que juró lealtad, Rossen estudió mecánica automotriz para ser una parte más en la red de tráfico de lavado de dinero que es el circuito *Hyper Speed Neon Light*. El dinero de las apuestas llega a una cuenta que sólo la Sombra conoce. Reparte los números a distintas empresas, pequeñas y generosas aportaciones de inversionistas que desean seguir con el progreso del conocimiento de inteligencias artificiales.

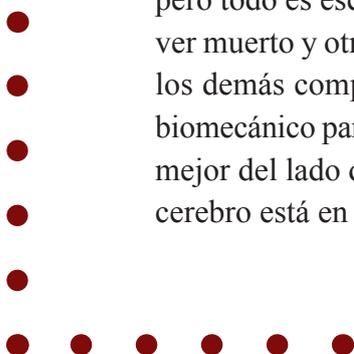
Rossen fortaleció el cuerpo y la mente. El aprendizaje le otorgó una segunda oportunidad. Poco a poco, su cuerpo fue sustituido por cuatro ruedas y un centenar de piezas de vehículos. En una entrevista reveló que nunca se había sentido tan vivo. Andar por la pista le produce el mismo placer que el de disparar un arma. Su vehículo no sólo está ajustado a sus músculos y a su espina dorsal, también, gracias a una abertura en el cuello, el exceso de adrenalina y electricidad puede filtrarse y se bombea más potencia a los pistones, para finalmente expulsar nubes eléctricas. Gracias a tal efecto, su público lo llama el Rayo Negro. El público desconoce si es más un vehículo que un humano, él no tiene tales crisis; él conduce y luego existe.

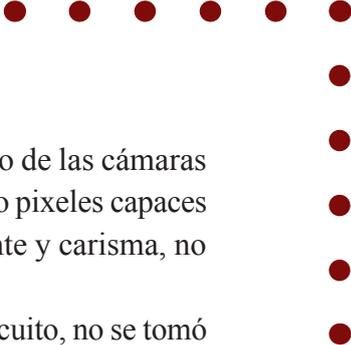
Delante de Dira está el piloto de alto renombre: Sunset. No se sabe mucho acerca de él. Es difícil saberlo, pues mantiene su anonimato a niveles absurdos gracias a su casco. Se rumorea que una vez intentó sabotear el circuito, pero ese intento de heroísmo lo sentenció. La presencia de Sunset significa nada de carreras arregladas, aunque paradójicamente alienta a mayores cifras de



Remolino. Judith Natalia Orozco Ortiz

inversión. Su ambición por el primer lugar, por revivir viejas glorias, como también por su propia seguridad, le hizo olvidar su propósito inicial. Las ratas, hackers y demás titiriteros de los hilos negros, tratan de dar con una pista que revele su identidad, pero todo es escaso. Hay una guerra fría entre los que lo quieren ver muerto y otros con vida. Lo único certero es que, al igual que los demás competidores (salvo Dira), ha optado por un cambio biomecánico para así soportar las velocidades pico: la sangre fluye mejor del lado derecho de su cuerpo, mantiene el peso bajo, y el cerebro está en constante sondeo para evitar un estrés.





El casco blindando de Sunset lo protege tanto de las cámaras como de las balas. La parte frontal cuenta con nano pixeles capaces de proyectar imágenes. Por su habilidad al volante y carisma, no es muy difícil adivinar el porqué es un favorito.

Dira desconoce a los demás corredores del circuito, no se tomó la molestia de investigarlos. Ver esas máquinas implantadas como una extremidad más la pone nerviosa. No ha dejado de modificar los comandos del auto, el gel antichoque, la cabina de invocación que la mantienen segura de las fuerzas G. Las estadísticas muestran un refinamiento en las bujías. Los platillos de platino están ajustados a las líneas eléctricas de la pista. No hay nada más que hacer, salvo esperar y dejar lo mejor de sí misma. Ya en su asiento siente el ronroneo de su vehículo por toda la espina dorsal.

Con ambas manos, Dira toma el volante y las cadenas de seguro ajustan sus extremidades. Cierra los ojos y recuerda. Las imágenes vienen a ella como una presentación publicitaria, una a una: la sonrisa de su padre, un vehículo en el granero, una pista en el atardecer, una niña viendo los competidores, las lágrimas alegres de su papá, el trofeo en su hogar, un trueno en la noche, el rostro de su padre ensangrentado, el vehículo hecho trizas. Y finalmente silencio.

¿A dónde fueron los viejos tiempos?, se pregunta Dira. Y ve la corrupción extenderse en las gradas a modo de ruido. Tras aquel incidente, donde su padre murió tras ganar la última competencia, cualquier deporte y espectáculo que despertara alguna ligera emoción en el espectador fue cancelado, hasta ser ilegales. El sentir es abandonar la mente y abrazar la ignorancia, y bajo esa filosofía el gobierno despojó del placer y ocio a sus habitantes.

La lluvia se desata, pero nadie busca refugio. Un espectacular inicia el conteo, la luz neón se refleja sobre el asfalto. El volumen de la música desciende, los hologramas publicitarios pierden brillo, la carrera está por comenzar.

3... 2... 1...

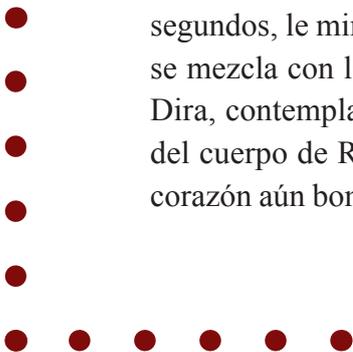
Con un sonido estruendoso, los corredores del set arrancan a toda velocidad. Sus vehículos se desplazan gracias a la vía eléctrica,

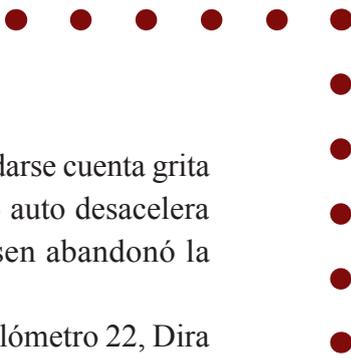
que yace bajo las ruedas de cobre y platino. La energía retroalimenta el motor. Dira, quien no prestó atención al disparo inicial, se mueve con total soltura desde la última posición, siguiendo la estela de neón que dejan los autos como rastro.

Sunset está en medio de los gemelos Shura, quienes lo aplastan. No desean sabotearlo, desean verlo muerto. Un choque a esa velocidad tiene la fuerza para destruir hasta un tanque. La suma de dinero que recibieron los gemelos por matarlo es mayor que la de ganar el circuito. Aunque Sunset reconoce que desacelerar el auto le permite zafarse de aquel agarre, no podrá recuperar la velocidad inicial, perderá el filo eléctrico, la sincronización entre el flujo de energía, la pista y el motor. De hacerlo, también se expone a un corto circuito que escale hasta su cerebro y terminar frito. Está acorralado.

Dira comienza a ganar posiciones altas. Su habilidad en el volante la dota de una gran agilidad a la hora de tomar curvas cerradas. Ya ha pasado a seis de los doce concursantes. En su recorrido por los últimos lugares, ha sido testigo de cómo los demás autos se han descarrilado al no tener la fuerza suficiente para seguir. Otros, simplemente apagaron el motor antes de sobrecalentarse. Saben bien que podrán tener los millones de dólares que quieran, perder un brazo puede ser reemplazado con una prótesis robótica o una conexión Net que les permita sincronizarse con su vehículo, pero vida sólo hay una. No desean resucitar y verse como una inteligencia artificial al servicio de las autoridades como condena por tantos años de crímenes. “Siento y luego existo”. El pensamiento que vaga en la nada es la verdadera prisión, estar con tus mismas ideas golpeándote una y otra vez es la tortura. Así lo piensan en las gradas; beben hasta callar por dentro.

Delante de Dira está el teniente Rossen. En una fracción de segundos, le mira las venas que le sobresalen de la piel. El sudor se mezcla con las gotas de lluvia que se rompen con el sonido. Dira, contempla aquel sacrificio sobrehumano. Aunque el 80% del cuerpo de Rossen sean tuercas y tornillos, reconoce que su corazón aún bombea sangre. El Relámpago Negro la voltea a ver





y en ese despiste es rebasado por la novata. Tras darse cuenta grita de impotencia. Dira mira por el retrovisor: otro auto desacelera lentamente. Envuelto en sangre y sudor, Rossen abandonó la competencia.

A sólo unos cuantos segundos de llegar al kilómetro 22, Dira recablea el circuito interno del vehículo. Ahora ya las manecillas del velocímetro no son capaces de seguir su actual velocidad y la computadora advierte sobre una posible avería en el sistema de frenos.

Como una sombra, pasa por un costado del gemelo Shura y éste se distrae. No esperaba ser alcanzado por alguien más. El otro hermano sigue al costado del vehículo de Sunset. En esa variable de pensamientos entre los gemelos, Sunset mueve el volante en dirección al gemelo distraído para impactar contra él. El golpe desorienta por completo a los dos hermanos. Tras recobrar la postura del vehículo, se dan cuenta que uno va más adelante que el otro. Hay error en la sincronización, hay error en el seguimiento ojo-vehículo. Es momento de apagar el computador, pero sus cuerpos aún buscan alinearse. Es una ansiedad, una comezón que no pueden rascar, es como volver a aprender a escribir. Gritando de desesperación, ambos hermanos chocan. Sus vehículos se estrellan contra las barricadas de la autopista. Una nube absorbe la explosión, es como ver una tormenta. El público enloquece. La explosión tambalea el campo de aislamiento sonoro. Un choque más y la burbuja se romperá, exponiendo una red de carreras clandestinas.

Sunset recupera la velocidad alcanzando a Dira. Los dos competidores van codo a codo. Ella voltea a verlo. Sunset aclara los tonos del panel de su vehículo, y deja ver las imágenes que se proyectan en el exterior del casco: “STOP”, y acto seguido, Sunset baja la velocidad de su vehículo. Deseaba poder quitarse el casco y revelar la verdad, pero el simple acto significa romperse los huesos por la velocidad. Dira no hace caso, y aunque quisiera hacer algo, ya no hay vuelta atrás: está en el filo eléctrico.

La alarma interna del vehículo comienza a sonar. Dira la calla de un golpe. En el acto, rompió sus huesos al infligir fuerza contra un objeto en pleno movimiento. La velocidad y el coraje la hacían olvidar las reglas básicas del circuito *Hyper Speed Neon Light*:

- 1) No se trata de llegar a la meta, si no de quién llega más lejos.
- 2) Un corredor jamás debe moverse dentro de la cabina.
- 3) Los muertos no se llevan la fama ni la gloria.

Los paneles frontales del auto de Dira explotan al ir más allá de la barrera del sonido. Y los cristales del velocímetro se le clavan en el ojo. Su brazo se despega un poco del volante y el hueso se le parte. Tuerta y manca, se mantiene en la pista. El traje de protección, junto con su piel, comienza a arder. Las ruedas de su auto se tambalean en las vías. Su vehículo es un fantasma de neón, azul y púrpura como una lluvia bajo la luna frente a un espectacular.

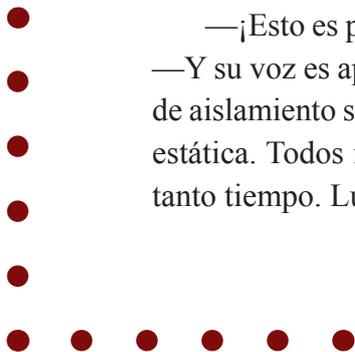
Dira, con pocas fuerzas, empuña el volante mientras aprieta los dientes. Sus pies se aferran al acelerador. Ve la meta final. Puede ser la primera en completar el set. Dira cierra su ojo y sueña con ser relámpago en una botella.

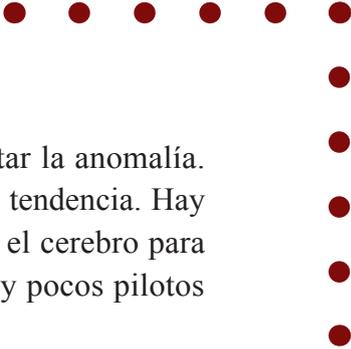
Dira recuerda aquella noche en donde el estruendo de una bala fue mayor que el de una tormenta. Con fuerza sobrehumana grita:

—¿Quién es la ganadora ahora, hijos de puta?! —Dira pasa la meta. Es la primera en completar el set. Los comentaristas pronuncian su nombre y nadie cobra el dinero de la apuesta. Los números rojos en sus cuentas bancarias se hacen notar. Maldicen al aire a la novata y hacen una revuelta para obtener su dinero de vuelta.

En aquella confusión nadie se percató de la pista, Dira sigue conduciendo.

—¡Esto es por lo que le hicieron a mi padre, putos bastardos!  
—Y su voz es apagada por una estruendosa explosión. El campo de aislamiento sonoro al recibir el impacto de Dira sufre una falla estática. Todos miran temerosos aquel domo que los ocultó por tanto tiempo. Luego, la burbuja estalla.





La policía no tardó ni un minuto en detectar la anomalía. Las noticias acerca del circuito clandestino son tendencia. Hay detenidos, unos ingieren una pastilla que licua el cerebro para que la consciencia no pueda ser reconstruida, y pocos pilotos escapan de ahí.

Sunset, en una colina a lo lejos, observa cómo los helicópteros y patrullas rodean la pista de carreras. No puede ver con exactitud toda la gente que sale del lugar o los que son atrapados. Es como ver las cucarachas salir de una pocilga, piensa con poco optimismo.

Sunset se quita el casco, no sin antes plasmar una foto familiar en el panel frontal. La foto captura el momento de la alegría de un padre y su hija. Se mira cara a cara con su antiguo yo. Por primera vez en tantos años, su rostro siente la brisa del viento. La sensación es distinta en su piel. Ya no cuenta con un tejido carnoso, ni labios rojos que puedan ser besados. Su rostro fue reconstruido gracias a los tejidos de nano fibras, lo único que quedó del incidente fueron sus ojos. Tiene la misma mirada triste con la que vio por última vez a su hija en aquella noche. Mal enterrado bajo un árbol seco, vio cómo su hija era auxiliada por los policías que investigaban el caso.

Las imágenes corren dentro de su mente y se proyectan alrededor de él. Un padre no debería velar a su hija. Todo este tiempo, tratando de alejarse para no involucrarla. En ese silencio, Sunset desea muchas cosas, pero se limita a hacer un par de ellas. Entierra su casco. Incendia su auto. Y camina con libertad de vuelta a la ciudad. Es libre, el último regalo de su hija.

---

**Uriel Velázquez Bañuelos** (1998, Guadalajara, Jalisco, México). Escritor amante de los gatos y la literatura especulativa. Sus trabajos más destacables está su cuento “El muñequito de madera”, de la antología *Historias fantásticas para soñar despierto* (2019), por parte de Mandrágora Ediciones. Su cuento “Entre las luces y las sombras” de la antología de *Los mundos que se agotan* (2021) por Fóbica Fest, Typo Taller y Paraíso Perdido. Sitio web: <https://uriel-dosbe.wixsite.com/uriel-dosbe>

**Judith Natalia Orozco Ortiz.** Artista Plástica y Licenciada en Educación Artística, con trayectoria como profesora en el ámbito formal y no formal, en el ámbito de la ilustración en revistas culturales y proyectos de *mass media* cultural y como emprendedora en las industrias culturales actuales. Actualmente se encuentra realizando estudios sobre emprendimientos artísticos y de gestión.

Dos poemas de  
**Aylén Grabiél**

*Vienen conmigo*

Veó figuras sin cuerpo  
es el miedo  
detrás del miedo  
de una historia  
que se hizo cenizas

*Arde la piel.* María Susana López.



*Inocenta*

Hay una flor azul estampada en mi vista,  
que hace que todo sea más insignificante.  
Hay una flor azul que recubre el blanco de la cara.

---

**Aylén Grabiél.** Tiene 21 años, de los cuales ocho asistió a un taller de escritura en donde fue parte cada año de la revista que promocionaba dicho lugar. También participó en convocatorias de la editorial del municipio en donde vive y quedó seleccionada en dos para ser publicada en trabajos colectivos. Fue llamada por la misma editorial para otro proyecto que pronto se presentará en la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires 2023.

**María Susana López.** Argentina. Profesora de Ciencias Naturales y Enseñanza Primaria, artista plástica, ceramista, escritora amateur. Contacto: lolalopez31@hotmail.com

# Sicarios

Jorge Uriza

Enrique Juan Recabarren no conocía el miedo, al menos no cuando estaba despierto; era una emoción que nunca, ni siquiera en situaciones de peligro, había logrado contaminar sus decisiones. En cambio cuando conciliaba el sueño los fantasmas y demonios de su conciencia lo torturaban sin descanso; aunque al recuperar la lucidez de la vigilia todo desaparecía sin dejar rastros. Pero esa madrugada, casi al amanecer, se despertó otra vez con el pecho oprimido por una sensación de ahogo desconocida que le hacía sospechar que así reaccionaba su cuerpo ante el miedo, aunque se resistiera a admitirlo. Era la tercera noche consecutiva que sufría la misma pesadilla: una mujer muy alta, cuyo rostro no podía ver, abría la puerta y, sin que él pudiera moverse o emitir un sonido para preguntarle qué quería, se quedaba parada al lado de su cama, sin decir palabra. Me viene a buscar, pensó, como a todos.

Llenó hasta el borde un vaso con agua y se quedó con la mirada clavada en la puerta, la misma de los sueños. Si tiene miedo tránquela con la silla, le había dicho el dueño de la pensión, con un dejo de desprecio cuando le hizo notar que no tenía cerradura. En ese mismo momento debió tomar la decisión de abandonar el pueblo; pero no. Lo había elegido con cuidado, por eso estaba allí. Además su nombre —De la Garma— era tan raro que le agregaba atractivo. Se extinguían los años 50 y con ellos el auge del ferrocarril. Pero él seguía fiel al tren, como vía de escape cuando tenía que desaparecer por algún tiempo. Se consideraba un experto; tenía mapas de las líneas ferroviarias de todo el país y referencias de decenas de localidades, en especial con pocos habitantes, para pasar algunas vacaciones forza-

das, como ahora. Por eso recaló en este pueblo y, por eso también, condenó sus huesos a una tediosa estadía en aquella pensión infame que ostentaba al frente, sin pudor, un cartel con el nombre de Gran Hotel Argentino.

Haber tomado distancia de los alrededores de Buenos Aires era algo previsible —y necesario— después de haber llevado a cabo su último «trabajo»: sacar del medio a Lázaro Morel, reconocido matón devenido en político y mano derecha del doctor Armando Serrizuela, caudillejo conservador del sur de Avellaneda. Con la excusa de negociar la propiedad de dos prostitutas, había atraído a la víctima hasta el depósito de un bodegón de la calle Sarmiento. Le bastó entrarle una sola vez con su daga toledana para cumplir el mandato. Recabarren, sos un cobarde



Valorando el ayer II. Ana Pobo Castañer

hijo de puta... , dijo Morel con las últimas fuerzas que le quedaban, mientras hilos de sangre y saliva comenzaban a colgar de su boca. Quedó de rodillas, con el mentón clavado en el pecho y las palmas de las manos abiertas hacia arriba. Lo miró en silencio y se contuvo de contestarle que sí, que de alguna manera todos somos un poco hijos de puta.

Levantó el vaso y se acercó para ver la claridad del amanecer a través de la ventana que daba a un terreno lleno de frutales detrás de la pensión. No alcanzó a hacerlo porque el aire frío que llegó hasta su espalda le indicó de inmediato que la puerta estaba abierta. Se dio vuelta con un mal presentimiento. Una mujer delgada y de estatura insignificante se encontraba dentro de la habitación. La miró sin apuro, su pelo renegrido estaba atado con un pañuelo; uno de sus párpados, caído, le daba un aspecto inquietante. Vestía una discreta falda azul a la rodilla y un saco del mismo color.

Fue ella quien rompió el silencio.

—Usted no me conoce, Recabarren; me llamo Sofía Soler y me dicen “la chilena”. —Se estremeció como si fuera un novato. Su memoria le trajo retazos de historias escuchadas sobre esta leyenda: que era despiadada, que no fallaba nunca, que nadie conocía su verdadero nombre, que era quien había ejecutado al comisario Zunino en Mataderos. Esos son cuentos de los milicos que no quieren encontrar al culpable, decía siempre el colorado Jensen en el bar La Pampa. Pero sus



*Valorando el ayer I. Ana Pobo Castañer*

recuerdos se congelaron junto con su sangre al notar, de pronto, que la mujer sostenía una pistola en su mano derecha. Un sicario para otro sicario, especuló con desaliento, como si invocara a su madre con su trillada letanía de que no había peor astilla que la del mismo palo. Un latido creciente en sus sienes apenas le permitió escuchar la voz que le sonaba muy lejana:

—Recabarren, vengo de parte del doctor Serrizuela —desde que el vaso resbaló de su mano hasta estrellarse en el piso fue tiempo suficiente para comprender que, para él, ya era demasiado tarde.

---

**Jorge Uriza**, República Argentina. Libro publicado: *Cien años de historia*. Primer Premio “Chaves escribe 2021”. Primer Premio Certamen Literario Internacional “Confieso que he vivido 2021”, República de Chile. Medalla de Bronce Torneos Bonaerenses 2022 en Literatura. Primer Premio “Chaves escribe 2022”.

**Ana Pobo Castañer**. Originaria de Teruel, ciudad aragonesa de España. Ha publicado varios libros de fotografías con temas diversos, entre los que está *Las huellas del pasado*. Sus imágenes han sido disfrutadas en exposiciones montadas en las principales capitales del mundo, como: Roma, Tokio, Nueva York, Pekín, Moscú.

# Acuxtla

Juan Carlos Moreno Rosas

La vista de la casa es estremecedora: sangre por todos lados y un par de cuerpos despedazados; el olor, penetrante. Por la pestilencia que emanan los cuerpos, parece que llevan días en descomposición, pero los forenses dictaminaron que el ataque ocurrió ayer en la noche. La tercera familia asesinada; siempre lo mismo: un reguero de cuerpos y sangre, pero ni rastro de los niños.

Acuxtla suele ser un pueblo tranquilo. En los diez años de Julio como policía, nunca había visto algo así. Su trabajo había consistido en arrestar borrachos y detener peleas, lo común en un lugar tan pequeño, donde todos se conocen. La única pista son mechones de pelo que no vio nunca en los animales de la localidad. Eran de color negro y en las puntas azules notó un pelaje duro que llegó a cortar a quienes lo agarraban, pero lo más intrigante para Julio es el paradero de los niños, cinco en total; cuatro desaparecidos en los anteriores asesinatos, y el de la familia encontrada hoy. Sabe que resulta casi imposible que alguien los retenga en alguna casa del pueblo; puede ser que hayan huido del agresor y estén escondidos en el bosque.

En la oficina del capitán de la policía, Julio dice:

—Debemos organizar una búsqueda en el bosque —se acerca a una silla y se sienta.

—Tú concéntrate en el rastro del asesino. Si seguimos así, la gente va a perder el control. No quiero saber lo que puede llegar a ser este lugar si se empieza a hacer justicia por propia mano.

Julio se queda pensativo.

—No voy a descansar hasta dar con él, pero encárgate de la búsqueda. Sería un respiro para nosotros encontrar a esos niños.

Sentado en su oficina observa con detenimiento la bolsa de pelos que funciona como evidencia. Hace una búsqueda rápida en su computadora, pero no encuentra nada parecido. Lo único que se le ocurre es salir a preguntar por los alrededores si alguien vio algo que le llamara la atención, algo extraño, algo diferente.

Lleva toda la tarde golpeando puertas de vecinos sin obtener ninguna respuesta. Nadie vio ni escuchó nada. La búsqueda no da ningún resultado, así que decide patrullar el pueblo en la noche. Intentará que todos los policías que no hayan salido en búsqueda de los niños lo acompañen para abarcar más terreno.

Por la noche, Julio espera en su coche cerca de la última escena del crimen. Pasan varias horas sin que haya movimiento. Sólo cuenta con la ayuda de otro policía que vigila el otro lado del pueblo. Faltan pocas horas para el amanecer. Julio agarra la radio y trata de comunicarse con el vigilante. No le responde. Lo intenta un par de veces más y, temiendo lo peor, decide ir al lugar.

Al llegar no encuentra al policía. El coche está con las puertas abiertas y las luces encendidas. Se dirige hacia la casa más cercana. Un olor pungente golpea su cara. Hay vidrios rotos. Entra en la casa y encuentra al policía en estado catatónico. Al mirarlo, se da cuenta de que ha llegado demasiado tarde. Es una nueva escena del crimen.

Empieza a amanecer y Julio observa los cuerpos: el mismo modus operandi. Le prepara un café al policía esperando que pueda recuperarse y hablar de lo sucedido.

—¡Háblame! Dime si pudiste ver algo.



El policía parece salir de su letargo. Le da un sorbo al café y mira a su compañero, a quien lentamente le narra lo sucedido:

—Escuché un ruido y corrí a la casa. Todo estaba en silencio. Al entrar, sólo oscuridad. Por el hedor, supe que me encontraba en el lugar correcto. Era más fuerte que en las otras casas. Busqué a tientas el apagador. Segundos antes de encender la luz, sentí que algo me rozó —y levantó el brazo para enseñarle a Julio la cortada que le provocó el roce—. Julio decide posponer la búsqueda de los niños a fin de que esa noche todos los oficiales estén disponibles para patrullar. Cree saber cómo elige el asesino a sus víctimas. Quedan tres familias con hijos de edades similares a los que han desaparecido. Por suerte, sus casas no se hallan tan lejanas entre sí. Julio haría rondas cubriendo el territorio entre las tres casas.

La noche está tranquila, la luna resplandece, los policías no saben si en una noche tan clara el asesino se animará a atacar. Transcurren las horas. No hay ningún movimiento. Julio recorre las calles. Un poco antes del amanecer, las nubes cubren la luz de la luna y todo queda en penumbra. La tensión aumenta en Julio, quien siente la necesidad de detener su coche. Percibe un olor que lo empieza a aturdir. Baja, se acerca a una casa, pero antes de llegar a la entrada trasera, vislumbra una sombra.

La visión lo deja paralizado. Eso que se escapa corriendo es más grande que un humano, pero aun así tiene una agilidad y una velocidad vertiginosa. En el aire dejó un aroma a muerte, a putrefacción.

Julio logra salir de su trance y echa a correr por el bosque, tratando de encontrar algún rastro. El olor lo va guiando, pero corre tan rápido que se desvanece. Empieza a amanecer y sabe que una vez más perdió la oportunidad de atrapar al culpable. Se siente exhausto y se recuesta a la sombra de un árbol para descansar. La luz del sol lo hace despertar, se levanta, casi pierde el equilibrio, se siente mareado. Mira su reloj. Es medio día. Regresa a su casa para darse un baño.

En la estación de policía reina el caos. El capitán ha buscado a Julio todo el día. La gente, ya desesperada, exige respuestas. Se están organizando grupos armados para vigilar el pueblo esa noche.

—Van a disparar al menor indicio de peligro —el capitán observaba la calle desde la ventana de su oficina—. Ya llegaron los resultados del forense. En todas las escenas del crimen falta el corazón de las mujeres. Tenemos que dar con el asesino antes de que esta información se filtre. Me temo que podemos estar tratando con algún tipo de secta satánica.

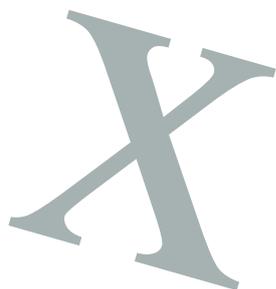
—Creo que la clave son los niños. No tenemos ni rastro de ellos y todos son de edades muy similares. Creo que se los lleva por algún propósito. Debemos darles una protección especial a las familias que queden con hijos en ese rango.

—De acuerdo. Mandaré patrullas a sus direcciones. A partir de este momento, esas familias no pueden quedar sin vigilancia hasta que demos con el asesino. Tú ve a comer algo y a descansar. Regresa al anochecer.

Julio va de camino a su casa. La teoría de los ritos satánicos le ronda por la cabeza. Decide hacer una pequeña parada en la biblioteca del pueblo. Busca en la computadora libros sobre satanismo, rituales con corazones y niños. Sentado en un rincón de la biblioteca, ojea los libros con desgano. En realidad no sabe qué busca. No puede dejar de pensar en la sombra que vio. El tamaño, los pelos encontrados en las escenas, el corte en el brazo del policía... Empieza a tener dudas sobre qué puede ser lo que está asesinando. Hay muchas leyendas, muchas historias de rituales con corazones, animales que se los comen, pero nada que pueda darle claridad al caso.

La luna está cubierta completamente por nubes.

—Esta oscuridad se la pone más fácil al asesino —Julio se acerca al capitán.



—Tenemos a todos los policías disponibles vigilando. Sólo espero que aparezca ese maldito para que lo podamos agarrar en el acto.

Julio va al lugar que le toca vigilar. El bosque no queda lejos de esa parte del pueblo. El ruido de los animales y el viento que golpea contra los árboles provocan ruidos que erizan la piel. La oscuridad es mayor por lo alto y cerrado del bosque.

A Julio, ansioso, le sudan las manos y no puede dejar de frotárselas. Quiere prender un cigarro, pero ese pequeño punto de luz en una noche tan oscura podría prevenir al asesino de que hay gente esperando por él. Suda a pesar del frío y cada tanto se le eriza la piel y le recorre el cuerpo un escalofrío.

Cualquier ruido hace que se le tensen los músculos. Toda la noche ha estado alerta, pero después de seis horas sigue sin haber nada fuera de lo normal. Se empieza a acostumbrar a los ruidos, al viento que choca con la vegetación. Su pulso se serena. De repente, se le eriza el vello. Su cuerpo se pone rígido. Se siente desorientado. No entiende qué sucede. Su instinto lo previene de lo que está por venir.



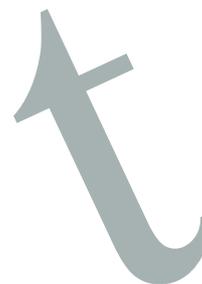
*A una llamada de distancia.*  
Judith Natalia Orozco Ortiz

El aire se suelta a golpear con violencia. Las ramas de los árboles se mecen con tal fuerza que parece que se van a desprender. Un olor llena el lugar. Se trata de un olor que grita peligro con cada calada. Unos destellos azules parten la oscuridad, o eso le parece a Julio.

Se obliga a salir del auto y, aunque su razón le pide no acercarse, hace todo el esfuerzo para obligar a sus extremidades a funcionar. Se aproxima a la puerta de la casa, pero no puede llegar hasta ella. A unos palmos de su cara se encuentra con el destello de unos ojos que le hielan la sangre. Se echa hacia atrás y pierde el equilibrio. Una sombra atraviesa la oscuridad. Se levanta y corre tras de ella. Saca su linterna para alumbrar el camino. Esta vez no se le puede escapar.

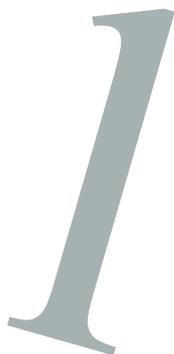
La sombra es muy rápida. Se mueve muy ágil entre el bosque, a pesar de que no hay ni un solo rayo de luna que pueda alumbrar el camino. Julio se mueve con más torpeza. No puede mirar dónde pisa y siempre se termina encontrando con raíces o piedras que dificultan su andar. En un intento desesperado para detener al asesino, saca su arma y dispara un par de veces. La sombra parece tambalearse un poco, pero en un instante se recupera y sigue su carrera.

La sombra se pierde en la noche. Julio sigue hacia adelante, intentando encontrar su rastro. Con la linterna alumbrar el suelo en busca de pisadas o de algo que le indique la dirección que pudo haber tomado.



Amanece y con los primeros rayos del sol parece que el bosque cobra vida con el cantar de las aves, el corretear de algunos roedores y otros sonidos que Julio no logra identificar. Se siente exhausto, pero no puede esperar a que haya más víctimas. Julio se frota la cara, enciende un cigarro, apaga la linterna y sigue con su búsqueda; intenta encontrar los casquillos que dejaron sus disparos. Sería una buena guía para continuar.

Encuentra un árbol con unas marcas que parecen de garras, unas garras gigantescas, y a los pocos metros observa uno de los casquillos. Va en el camino correcto. Encuentra ramas rotas, más marcas en los árboles, y en algunos tramos donde escasea la vegetación y la tierra está húmeda, algunas huellas gigantescas aunque con forma de manos. Escucha un arroyo y se dirige a él. Se inclina a tomar agua. Está sediento. Se levanta de un salto y permanece viendo hacia la profundidad del bosque. ¿Y si el asesino cruzó el río? Tardaría horas en cruzarlo él también y quizá se pierda el rastro. Se agacha de nuevo, buscando alguna señal de hacia dónde pudo haber ido. Sigue la orilla del río unos cuantos pasos y se encuentra con un mechón de pelo enganchado a una



rama, un mechón que se le hace familiar, puntiagudo, negro con azul. La esperanza renace en él. Desenfunda su pistola y sigue caminando. Encuentra las huellas que había visto antes. Escucha el ruido de una pequeña cascada y se dirige hacia allí.

Tras la cortina de agua, hay una entrada a una cueva poco profunda. Julio se adentra. Escucha crujir el suelo. Está lleno de pequeños huesos. A unos pasos, pequeños bultos que suben y bajan a un ritmo acompasado. Se acerca a ellos; tienen el mismo pelo negro con azul que observó en las casas de las víctimas. Parecen lobos cachorros con hocicos alargados; les sobresalen cuatro colmillos que parecen navajas militares. Son del tamaño de un perro mediano. Julio se acerca un poco más, resbala y cae más cerca de los animales. Al apoyar las manos en el suelo para levantarse encuentra una cabeza a medio comer. ¿Es de uno de los niños desaparecidos? Encuentra los restos de varios niños que no concuerdan con el número de desaparecidos. Sigue inspeccionando a los animales. Se da cuenta de que tienen cuatro manos del tamaño de las de un gorila, sólo que están terminadas con unas uñas largas que semejan garras. Su pelaje parece de púas y sus largas colas están coronadas por un aguijón como el de los escorpiones.



Julio camina hacia el fondo de la cueva. Encuentra a un niño desmayado. Lo sacude para reanimarlo. El niño despierta y Julio le tapa la boca antes de que pueda gritar.

—Tranquilo, conmigo estás a salvo. ¿Sabes lo que ha pasado aquí? —Julio retira lentamente la mano de la boca del niño.

—Esa cosa mató a mis padres y me trajo aquí —el niño apenas podía articular palabra por el llanto que intentaba contener—. Había más niños. Les hizo comer los corazones. Al principio solo estaba él, pero esos de ahí son los niños que se comieron el corazón, y a los que no quisimos nos usaron de comida.

Julio escucha horrorizado el relato. Los vellos se le erizan. Un olor a putrefacción lo golpea. Su cuerpo se tensa. Sabe del peligro que se cierne sobre él. Siente una respiración a su espalda y un gruñido que se va elevando hasta tapar el sonido de la cascada.

---

**Juan Carlos Moreno Rosas.** Nacido en la Ciudad de México el 19 de mayo de 1990. Cursa la licenciatura de Letras Hispánicas en la Facultad de Filosofía y letras de la UNAM y en 2021 tomó un taller de narrativa y uno de cuento por parte de la UNAM.

**Judith Natalia Orozco Ortiz.** Artista Plástica y Licenciada en Educación Artística, con trayectoria como profesora en el ámbito formal y no formal, en el ámbito de la ilustración en revistas culturales y proyectos de *mass media* cultural y como emprendedora en las industrias culturales actuales. Actualmente me encuentro realizando estudios sobre emprendimientos artísticos y de gestión.

*Dos poemas de*  
**María José Mures**

***Un salto***

“Moriré y conmigo la suma  
del intolerable universo”.

J.L. Borges

un giro, un atropello  
una imagen en blanco y negro, joven, eterna.

Queda tu belleza en el salto  
hacia adelante a ninguna parte,  
no salió el comodín al barajar la suerte  
cambió el orden.  
Nadie, sin querer, juega tus cartas.

*Barroco. Ximena Yáñez Zertuche*



# La tormenta

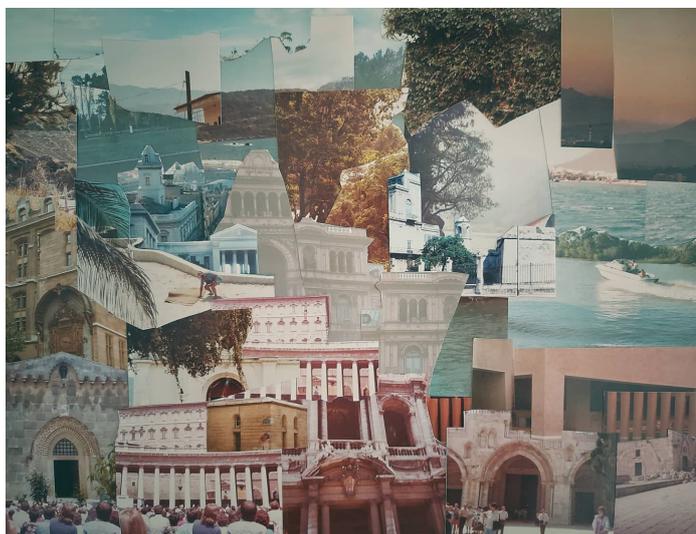
*Tarde de lluvia en Fernán Núñez*

Lista como el aguacero que pronto caerá  
anunciando el miedo en el ruido brillante.  
Antes llamaban a los niños para recogerse,  
hoy nadie juega en las calles desiertas.

Los niños distraídos con la cabeza agachada,  
no están castigados pero lo parecen,  
—jarrea y solo han pasado minutos  
desde que empecé este poema—  
llueve y el mundo se cae por el techo  
el primer trueno me hace creyente  
me lleva a mi infancia,  
a cuando rezaba a santa Bárbara,  
mi abuela también lo hacía  
y seguro que la abuela de su tatarabuela  
es el miedo quien nos hace piadosos.

Pasa ante el diluvio una mujer  
agarrada a su paraguas  
no es hora ni orilla de visitas  
irá a salvar a alguien que no sabe  
una oración para estos tormentos.

*Ciudades de papel.* Ximena Yáñez Zertuche



---

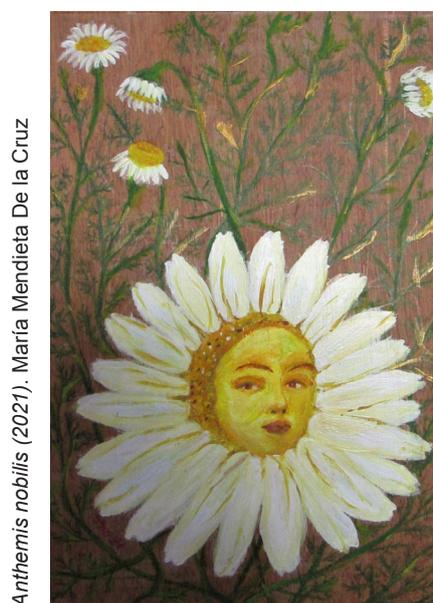
**María José Mures.** Nace en Córdoba, España. Es poeta y maestra especializada en Educación Especial e Infantil. Posee un máster en logopedia. Tiene editados cuatro libros de poesía y está incluida en ocho antologías tanto nacionales como internacionales. Ha conseguido tres premios de poesía. Escribe su primer poema con doce años. Ha participado en diversos actos poéticos tanto en Córdoba, Valencia o Ciudad Real.

**Ximena Yáñez Zertuche.** Filósofa (en sentido etimológico) y artista (en devenir).  
Instagram: @ximenzertuche.

Dos poemas de  
**Michael Alberto Jiménez Melchor**

## *PONCIANA*

en este  
árbol que se  
dibuja a orillas de  
mis ojos tu voz aparece  
como un relámpago  
que se apodera de  
mis sentidos  
con  
ta  
gi  
an  
do  
a mis  
labios de ti



Anthemis nobilis (2021). Maria Mendieta De la Cruz

# HORTENSIA

trepo un árbol  
el árbol de mi niñez y te busco  
entre las hojas del álamo de mi casa  
junto a los frutos de la higuera de la esquina  
entre las aves que devoran las moras del vecino  
y te sueño como una flor perfumada  
como el fruto prohibido  
como  
una  
hor  
ten  
sia  
sem  
bra  
da en  
mi pecho

---

**Michael Alberto Jiménez Melchor.** Villa El Salvador, Perú 1981. Poeta, Narrador y Promotor Cultural. Publicó: "No vales una bala" (2009), "Como una hoja drogada por el viento" (2011) y "Poetas de Villa El Salvador" (2021). Dirige el blog de poesía peruana *Ángeles del Papel*. Organiza "Las Noches Literarias en Villa el Salvador". Sus poemas y cuentos aparecen en libros, revistas y blogs literarios del Perú y el extranjero. Dirige el sello Ángeles Del Papel Editores.

**María Mendieta De la Cruz** (Cañete, Perú, 1992). Estudió Computación e Informática en el Instituto Privado TELESUP (2010-2012). Cursa la especialidad de Educación Artística en la Escuela Nacional Superior Autónoma de Bellas Artes del Perú. Su propuesta artística tiene como base la búsqueda de nociones sobre identidad cultural con influencia surrealista y expresionista